

El general no ha podido complacernos, y eso ha sido influjo de nuestra estrella. Estaba comprometido con Malaguita la bella.

Ha sido tarde ¡oh dolor!
¡Qué espectáculo perdemos tan bello y tan seductor!
¿Cuándo nos encontraremos en otro caso mejor?

Lamentamos el fatal, acontecimiento y tal que nos priva del placer, de saludar y de ver al ilustre general.

¡Cuanto frac, muy bien planchado!
¡cuanto farol preparado!
¡cuanto discurso aprendido!
¡cuanto entusiasmo tragado!
¡y cuanto tiempo perdido!

Mas, consuele nuestros duelos si es que hay posibles consuelos para tan grande querella, saber que se embarca ¡oh, cielos! por Malaguita la bella.

Justo es que se embarque allí y que á Málaga le den algo del reparto, sí.

¿Va á ser todo para aquí?
¡No estaría eso muy bien!

GENTE CONOCIDA



DON ANTONIO LEDESMA

Orador de gran valía,
notable jurisconsulto
y vate de nombradía,
es, Don Antonio, el más culto
literato de Almería.

¡Lástima que el hado aleve,
torpe, caprichoso y ciego,
aquel que su pluma mueve,
antes que mojarla en fuego
le obligue á mojarla en nieve!

Conferencia provechosa

- ¿El señor Gobernador?
—Ahora acaba de almorzar.
—Hágame usted el favor.....
—¿A quien tengo que anunciar?
—A Verdejo, ex-Senador.
- Que pase usted al instante.
—Gracias..... ¿Se puede?
—Adelante.
- ¿Como sigue usted?
—Muy bien;
¿y usted bueno?
—Yo tambien.
- ¡Vaya! me alegro bastante.
—Pues yo vengo á referirle todo lo que me sucede.
—Muy bien hecho
—Y á decirle que estoy dispuesto á servirle y contar conmigo puede.
—Mil gracias. Su ofrecimiento con gusto transmitiré al gobierno, en el momento, y al ministro informaré de todo su pensamiento.
- Bueno; puede usted decir que estoy dispuesto á seguir fielmente sus instrucciones, pues yo, amigo, sé cumplir bien en todas ocasiones.
—¿Votará usted á Serrano?
—¡Sin duda!
—Ya sabe usted que es del jefe, como hermano.
—¡Si señor! ¿de Don José? ¡lo sabía de antemano!
Y en el segundo lugar será preciso votar.....
—¿A quien?
—A Don Luis Silvela.
—¡Ese sí que no me cuela!
—¿Le es repulsivo?
—¡La mar!
—Mire usted que es candidato del Gobierno.
—¡Se derrota!
—¿No lo acata?
—No lo acato.
—¡Me está usted dando un mal rato!
—A ese ni Cristo lo vota!
—Pero hombre, ¿por qué razón?
—Porque me ha ofendido á mí.
—Deseche usted esa impresión.
—No señor, porque yo aquí represento la opinión.
—Esa actitud es muy rara.
—Pues la cosa está bien clara
—¿Conque clara?
—¡Clara, sí!
¡que no lo votan aquí aunque el Nuncio lo madára!
¡Vamos! está usted ofuscado.
—¡Ofuscado yo! no tal.
Es que aquí yá se ha mostrado